

El Grillo

REVISTA ESCOLAR DEL CONSEJO NACIONAL

DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL

MONTEVIDEO

URUGUAY



REVISTA ESCOLAR DEL CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL

Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal

Presidente: Dr. Eduardo Pons Echeverry.

Vicepresidente: Sr. Heber R. Cazarré.

Vocal: Dra. Electicia Vasconcellos.

" Sr. Vicente Fiorentino.

" Sr. Julián C. Olascoaga Casas.

Colaboran en este número:

Sarah Bollo, Nilda Novo, Marta Grompone de Vigil, Verdad Risso de Garibaldi, Electra Vilaboa de Bianchi, Jorge Chebataroff, Serafin J. García, Umberto T. Pereira, Carlos Rodríguez Pintos, Dr. Romeo A. Sacchi, Dr. Enrique J. Salveraglio y Daniel D. Vidart.

DEPARTAMENTO DE ACTIVIDADES ESCOLARES Y AYUDAS AUDIOVISUALES

Directora: Srta. María Inés Martínez Rovira.

EDICIÓN DE LA SECCIÓN PUBLICACIONES PARA ESCOLARES Y OBRAS DIDÁCTICAS

Director: Sr. Carlos Alberto Garibaldi.

Ilustran:

María Mercedes Antelo, Elsa Carafí de Marchand, Eduardo Amézaga, C. Borloz y Arqto. Mario Spallanzani.

Portada de Eduardo Amézaga.



PAISAJES DEL URUGUAY: Arroyo Tres Cruces (Depto. de Artigas).

Fotografía de Jorge Chebataroff

MONTEVIDEO — URUGUAY

Edición fuera de comercio.

Los derechos de propiedad artística, literaria y características gráficas de "El Grillo", son reservados y pertenecen al Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal. Está prohibida la reproducción, traducción o adaptación de sus materiales para todos los países.

LA PRINCESA QUE PIDIÓ LA LUNA

(Cuento del folklóre portugués)

SUCEDIÓ una vez que la princesita Yolanda, hija del más poderoso rey de Portugal, estuvo enferma por comer muchos dulces y los médicos la obligaron a guardar cama.

Yolanda tenía doce años, era la princesa más bella de la tierra, y también la más mimada, pues su padre, el rey, la adoraba.

Cuando supo que estaba enferma, el rey acudió presuroso a su cámara y se inclinó, preocupado, sobre el lecho de la princesa Yolanda.

—Pide, hija mía, te daré todo lo que anheles. ¿Hay algo que no tengas y pueda hacerte feliz? Dímelo, hijita querida. Pide.

—Sí, padre mío — contestó la princesita, haciendo un delicioso mohín —. Quiero la luna. Si tengo la luna, me pondré buena en seguida.

El rey salió del aposento y convocó en la sala del trono a los diez hombres más sabios del mundo, que le conseguían cualquier cosa que ambicionase.

No tardaron en llegar, precedidos de los pajes, y una vez delante del monarca, el más anciano de los sabios, que también era el más famoso, avanzó, preguntando:

—¿En qué podemos servirlos, Majestad?

—Necesito que me consigáis la luna. Si puedo dar la luna a la princesita Yolanda, se pondrá buena en seguida.

—¿La luna? — repitió asombrado el más anciano, mientras los nueve sabios restantes repetían la misma palabra.

—Sí, la luna — afirmó el rey — ¡La luna! Id a buscarla esta noche; la quiero aquí mañana sin falta.

El sabio más anciano se retiró unos pasos y consultó con sus compañeros sosteniendo una animada conversación.

Después, enjugándose la sudorosa frente y acariándose la blanca barba, se dirigió de nuevo al rey.

—Yo he conseguido muchas cosas en mi vida para Vuestra Majestad, cosas raras y extraordinarias como un elefante rosado que hiciera juego con un traje para la princesita Yolanda, plumas extrañas para un suave almohadón, un gigante de carácter dulce y apacible, todo. Miles de mensajeros han cruzado mares y tierras en busca del objeto deseado, todo para complacer y agradar a mi rey. Pero la luna, Majestad, está a miles de kilómetros de Portugal. Además, está hecha de cobre fundido y no puede alcanzarse. Por lo tanto, y con la venia de Vuestra Majestad, debo deciros que no podemos conseguir la luna.

—¡Basta! — gritó el rey, enfadado —. La princesa Yolanda quiere la luna para curarse, y yo no permitiré que se muera. Retírate de mi vista y, desde ahora, quedas despedido.

Se consultaron todos los hombres eminentes de Portugal primero, y, después a los sabios de otras naciones; y todos ofrecieron las cosas más maravillosas.





Pero ninguno se atrevió a traer la luna a la princesita Yolanda.

Entretanto, la princesita seguía en cama esperando con ansia la noche, y entonces sus damas la acercaban al amplio ventanal del palacio. Y ella se quedaba allí absorta contemplando el astro de la noche.

Desesperado, el rey mandó hacer un pregón real, diciendo que colmaría de honores y riquezas a quien lograra conseguir la luna para su Alteza, la princesa Yolanda.

Nobles y vasallos, todos probaron conseguir la luna, no sólo por el premio ofrecido, sino porque todos querían mucho a la princesita, y no deseaban verla nunca más triste y enferma.

Un buen día se presentó a la audiencia real un inteligente pajecillo llamado Martinejo. Toda la Corte rió al verle, pero él, decidido, hizo una graciosa reverencia al rey y le preguntó:

—Su Majestad, perdón si mis palabras pueden pareceros atrevidas, pero antes de salir en busca de la luna, desearía preguntaros: ¿qué piensa su Alteza Yolanda de la luna?

A estas palabras, el monarca levantó la cabeza, y todos los caballeros se callaron.

—¡En eso yo no había pensado! — confesó el rey.

—Si Vuestra Majestad me lo permite, yo mismo iré a preguntarlo a la princesa Yolanda.

—¡Ve! ¡Ve en seguida! — contestó el rey.

Y Martinejo, acompañado de un alto alabardero, se dirigió a la cámara de la princesita.

Esta estaba despierta y se alegró mucho al ver al paje.

—¿Me traes la luna? — preguntó rápida.

—Todavía no, pero iré a buscarla en seguida, princesa mía. Decidme, ¿cómo creéis vos que es de grande la luna?

—¡Oh! No muy grande, como mi dedo pulgar. Lo sé porque cuando la miro, si pongo el dedo delante del ojo, dejo de verla.

—¿Y a qué distancia creéis que se encuentra? — continuó Martinejo.

—Pues no más alta que el álamo del jardín, ya que muchas noches veo que sus ramas la tocan.

—¿De qué creéis que está hecha la luna, Alteza?

—¡Oh! No seas tonto, paje. La luna está hecha de brillantes, y por eso reluce tanto.

—Esta misma noche tendréis la luna, princesa mía — aseguró el paje a la niña —. Subiré al árbol más alto del jardín real, cuando quede enganchada en las ramas del álamo, y os la traeré colgada de una cadena.

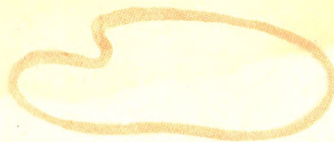
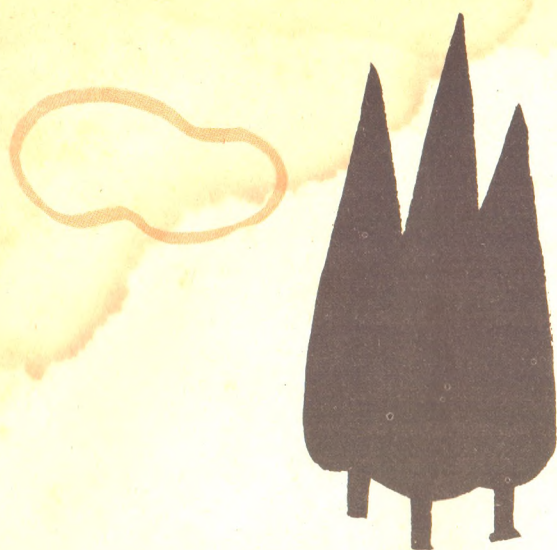
Martinejo se retiró de la cámara y corriendo se dirigió al joyero del palacio, ordenándole en nombre del rey que hiciese al instante una luna de oro, con un gran brillante engarzado, y la colgase de una cadenita también de oro.

—¿Puede saberse qué es esta joya tan extraña? — preguntó el orfebre.

—Es la luna.

—Imposible. La luna está tan lejana y quema tanto que nadie puede tocarla.

—Eso es lo que vos y todos los sabios creen — aseguró muy serio el paje y se alejó.



Aquella misma noche, la princesita Yolanda durmió tranquila y feliz, porque de su cuello colgaba la tan ansiada luna.

Pero el rey no estaba satisfecho. Él sabía que la luna continuaba en el firmamento y tenía miedo de que su hija se diese cuenta de ello.

Volvió a convocar a todos los sabios para que encontrasen una solución a este nuevo problema, pero ninguna de las respuestas fue de su agrado.

Ni los anteojos negros, ni las pesadas cortinas, ni el recurso de encerrarla todas las noches le convenía. Veía a su hija tan dichosa, que temía quitarle esta ilusión; y cuando ya se encontraba desesperado, se acordó del paje Martinejo, que ahora vivía en palacio.

Le mandó llamar.

—¿En qué puedo servirlos, Majestad?

—Lo que voy a pedirte es imposible.

—También lo parecía la luna y ya veis que su Alteza Yolanda es la más feliz de las princesas.

—Es verdad, pero ahora es más difícil.

—Decidme lo que os atormenta.

—Termina ya la luna nueva y, dentro de pocos días, mi hija la volverá a ver brillar en el cielo y la deseará otra vez, porque sabrá que la que lleva colgada en su cuello no es la verdadera.

—No temáis, mi rey y señor. La princesa Yolanda es más sabia que todos los sabios del reino. Ella encontrará la solución. ¿Me permitís que vaya a preguntarle?

—¡Ve en seguida! — le ordenó el rey, lleno de esperanza.

Martinejo encontró a la princesa recostada en unos almohadones, mirando con sus grandes y hermosos ojos cómo la luna iniciaba su ascensión en un cielo límpido y puro como nunca. Brillando, en su mano, estaba la luna que el paje le consiguiera.

—Decidme, princesa mía — empezó el paje con una rodilla en tierra — ¿cómo es posible que la luna suba por el cielo, cuando vos la tenéis ahora en vuestra mano?

La princesa le miró y rio feliz:

—Eso que me preguntas es muy sencillo, tonto. Cuando yo pierdo un diente, ¿no me nace otro nuevo en el mismo sitio?

—¡Es claro!

—Cuando el jardinero corta las preciosas rosas del rosal, ¿no salen después otras más lindas?

—En efecto.

—Pues así es también la luna.

—Debí haber pensado en eso — aseguró el paje, besando rendidamente la blanca manecita que le ofrecía la princesa.

Los ojos de la gentil princesita volvieron a posarse en la reluciente bola que brillaba en el cielo, y así fue quedándose plácidamente dormida.

De puntillas, Martinejo salió del aposento para dar la buena nueva al rey.

Pero, antes de salir, se asomó a la ventana e hizo un saludo a la luna, pues parecía que el astro de la noche acababa de hacerle un amistoso guiño de verdadera complicidad.



Elsa Laraf

ARTIGAS COMO MILITAR Y COMO PENSADOR

EN Artigas, se unen admirables dotes de conductor militar y sobresalientes condiciones de pensador.

En la batalla de Las Piedras, obtiene una conquista que muy pocos militares han logrado: el encerramiento total del enemigo. En el Éxodo, demuestra su pericia, conduciendo dieciséis mil seres en perfecto orden a través del territorio, amparando a su pueblo frente al constante ataque portugués. Por fin, la defensa de la provincia ante la invasión portuguesa de 1816, le da ocasión de desplegar un sorprendente plan, desde los puntos de vista estratégico y táctico. Le faltan soldados, oficiales, armas y municiones. Pero agota las posibilidades de defensa y ataque en todos los detalles. Responsabiliza de la administración y la justicia a los cabildos. Establece el cuartel general, equidis-

tante de los frentes de guerra y de las fuentes de recursos. Ubica a sus oficiales, según la capacidad militar de cada uno, en las zonas de mayor o menor importancia para la defensa o el ataque. Forma escuadrillas navales para cubrirse de posibles ataques por la espalda, que defenderán los ríos Uruguay y Paraná. Combina la defensa y el ataque, resolviendo ocupar el territorio enemigo para resguardar el propio. Con la mayor escasez de medios y con el máximo apremio de tiempo, debe luchar en tres frentes: en los ríos, contra portugueses y porteños. Los militares de nuestros días analizan esa lucha titánica de cuatro años y nos dicen que es inútil buscar mejores soluciones con los medios de que Artigas disponía.

Y si esto es así en cuanto al guerrero, en cuanto al pensador, debe afirmarse que es el más grande de la

revolución americana. El pensamiento político, social y económico de Artigas es todavía una meta de futuro para los países de occidente; el tiempo le da cada día más brillante resplandor. Pongamos como pórtico de esas ideas, estas palabras: *La libertad de América, es y será siempre el objeto de mi anhelo*, para probar su validez eterna.

La vida de Artigas es el testimonio de su lucha por la igualdad de todos los seres humanos, sin la cual no concibe la existencia de la república.

En el Reglamento Provisorio para repartir tierras a los desamparados de la fortuna, hace marchar juntas la protección social y la justicia. Advierte que si el beneficiado no las trabaja, perderá el usufructo de las tierras que se le entreguen.

Sostiene con profunda fe el ideal republicano. Cada uno de los pueblos dentro de una provincia debe ser considerado soberano. Todos los pueblos juntos de cada provincia suman la soberanía provincial. Y cada provincia a su vez, cederá un poco de su soberanía, para que todas reunidas den ese mando al gobierno general de la república. Pero para mantener vigorosa la autodeterminación de los pueblos, el gobierno general resolverá únicamente los asuntos más amplios, que interesan a todas.

Para que nadie tenga confusiones sobre la causa por la cual se lucha, Artigas la expresará claramente: *La soberanía particular de los pueblos, es el objeto único de la revolución*. Cuando habla de los desvalidos, busca que los más infelices reciban la mayor protección, porque su honor exige ver resplandeciente la justicia. Cuando quiere ubicar el problema principal de la organización política, tiene conciencia de que *la cuestión es sólo entre la libertad y el despotismo*. Si refiere a la industria y el comercio, los califica como *los canales por donde se conduce la felicidad de los pueblos*. Para ordenar el tránsito de las riquezas, con profética visión, desea eliminar impuestos y suprimir barreras aduaneras entre pueblos hermanos. Artigas es el primero en proponer la independencia del Plata y, por encima de todo, le cabe la gloria de haber concebido la más gallarda expresión de la libertad, cuando reclama que se promueva *la libertad civil y religiosa, en toda su extensión imaginable*.



Poesía para niños

AL RÍO URUGUAY

I

EN tus corceles, río Uruguay,
corres sin tregua con rumbo al sur.
Sauces y juncos, ceibo y palmar
bordan de luces tu poncho azul.

Coro

Río divino, río sin par,
en tus orillas vive feliz
un pueblo joven, el Uruguay.
Si soñar sabe, supo sufrir.

II

Cantas al alba dulce cantar
como en las islas cantan sin fin
tierna calandria, bello zorzal
en los follajes del Sarandí.

III

Los camalotes duermen en paz.
entre tu espuma de oro sutil.
Mientras el tero su alerta da,
garzas y nutrias vagan allí.

IV

Corres inmenso, río Uruguay,
cruzas la tierra con rumbo al sur.
Escudo eres de libertad,
fuente de vida que irradia luz.

Especial para "EL GRILLO"

CANCIÓN AL OMBÚ

Coro

DULCE árbol de mi tierra,
árbol manso, acogedor,
igual eres para todos
en tu afecto protector.

I

En tu sombra bienhechora
al viajero das solaz.
Todo ser en ti se ampara
bajo sol o tempestad.

II

Al abrigo de tus ramas
vive un pueblo musical.
Sus gorjeos son tus flores,
te perfuma su cantar.

III

Siempre al verte me recuerdas,
meditando en soledad,
al abuelo centenario
que domina su heredad.

SARAH BOLLO





EL PUERTO DE LA CIOTAT (Puerto de Francia, cerca de Marsella).

EL pintor Georges Braque nació en Argenteuil (Francia), en el año 1882. Su vocación se despertó en la infancia, junto a su padre, pintor aficionado, que le enseñaba a mirar el paisaje, los juegos de las luces y el color. Estudió música y aprendió a tocar el violín, el acordeón y la flauta, lo que haría más fina su sensibilidad de pintor. A los quince años comenzó a estu-

Maestros de la pintura moderna:

diar dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes, estimulado por su padre, que deseaba convertirlo en un verdadero artista. En el año 1900, su familia decidió enviarlo a París, centro del Arte, a perfeccionar sus conocimientos de pintura, y Braque se instaló en Montmartre, el famoso barrio parisense de los artistas, y allí, además de su trabajo de alumno, se dedicó a la decora-



CASA DETRÁS DE LOS ÁRBOLES

GEORGES BRAQUE

ción de interiores, para ganar de ese modo, su sustento.

Frecuentó los grandes pintores de su tiempo y su vocación, ya firme, exteriorizó en él un pintor de valía. Expone con éxito sus obras en los Salones de Pintura y trabaja sin descanso.

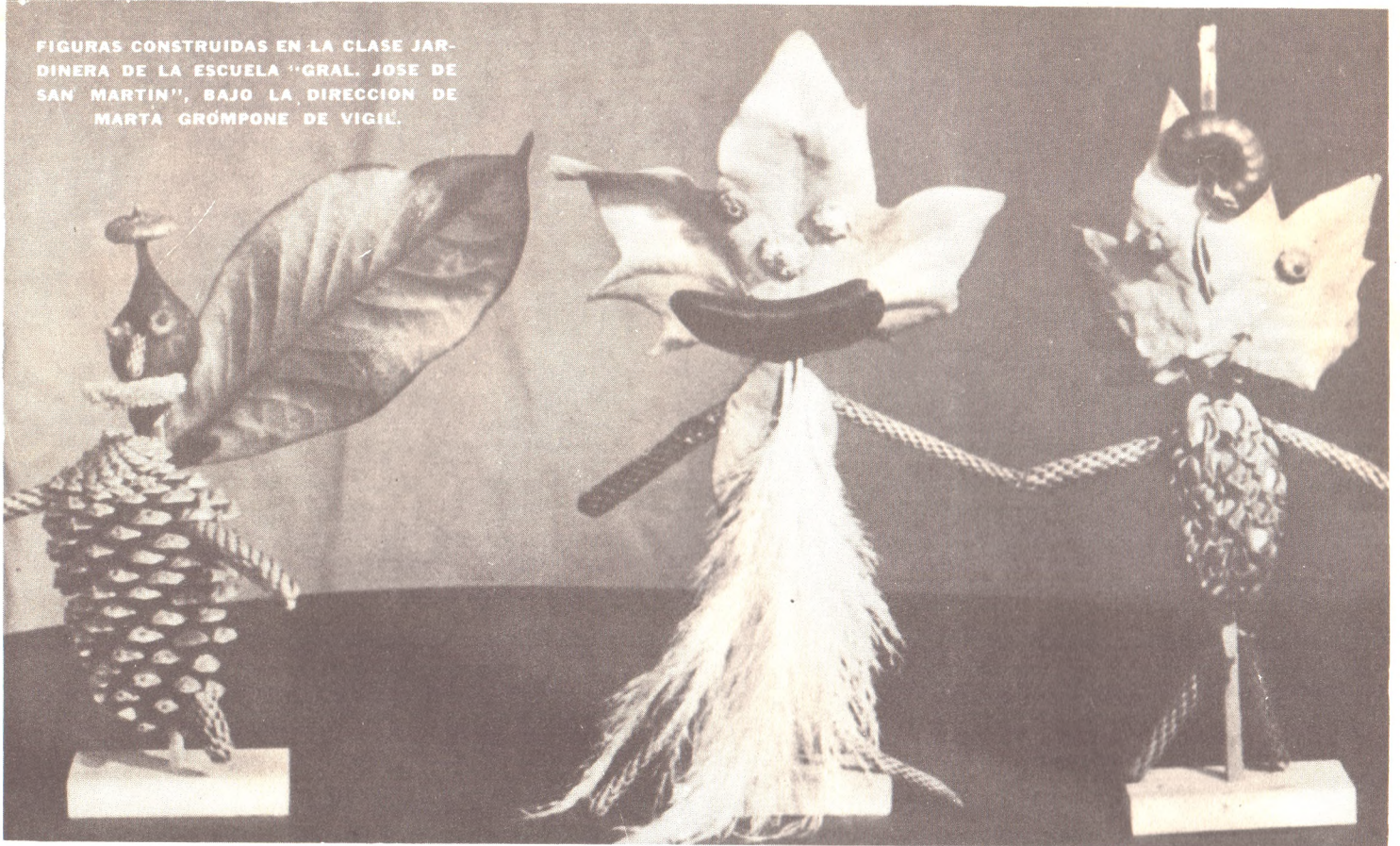
Su pintura pertenece a la escuela llamada "cubista" cuyos adeptos comenzaron pintando formas cúbicas,

prismáticas o piramidales, pulidas, llenas de liviandad, gracia y colorido. En esta escuela de arte pictórico, existe una profunda vinculación y armonía entre la forma y el color.

Ya anciano lleno de gloria, murió en el año 1963.

Braque es considerado, actualmente, uno de los grandes pintores del siglo XX.

FIGURAS CONSTRUIDAS EN LA CLASE JARDINERA DE LA ESCUELA "GRAL. JOSE DE SAN MARTIN", BAJO LA DIRECCION DE MARTA GRÓMPONE DE VIGIL.



Construcciones realizadas con piñas, hojas, bayas de algarrobo, semillas, etc.



EVOCACIÓN DE PARÍS

HABÍA una vez un río, un río - niño, de finas aguas desnudas, acostado todo a lo largo sobre una tierra joven, que lo acunaba con amor en su verde regazo maternal.

Por las noches, aquel río - niño, tendido de cara al cielo y aburrido de sus peces, de sus algas y de sus caracolas, hubiera querido jugar con la Osa Mayor, con la Cabra, con el Cisne y quizás hasta con el Águila; con todos los dulces fuegos nocturnos que ardían más allá de las nubes, en los altos campos azules. Pero como ellos estaban demasiado lejos, el niño - río no los podía alcanzar y tenía que contentarse solamente con mirarlos. Y empezó a ponerse muy triste y la madre ya no supo qué hacer para ofrecer a su hijo algún goce nuevo.

Todo esto sucedía hace mucho tiempo, más de mil años antes de la era cristiana.

Y cuentan las gentes que de tierras lejanas, de las viejas tierras de Hungría, vinieron muchos hombres y mujeres y niños, que eran muchos y muchos miles, y también vinieron muchas bestias, muchas tiernas bestias, que sólo traían con ellas su hambre y su inocencia. Y atravesando las llanuras, las montañas, los valles y los viejos cauces, que formaban parte de lo que llamamos la dulce tierra de Francia, se acercaron a aquel niño - río, que parecía tan triste y empezaron a recorrer sus orillas para conocerlo mejor; y vieron que aunque era muy tierno, tenía ya un cuerpo largo, que se extendía desde las regiones que luego habrían de llamarse la Costa de Oro, hasta lo que sería más tarde el Canal de La Mancha. De la cabeza hasta los pies, desde su nacimiento hasta su muerte, el niño - río medía más de ochocientos kilómetros de largo y su cuerpo daba vueltas y más vueltas sobre la joven tierra verde, que ya no sabía qué hacer para entretenerlo.

Aquellos hombres venidos de lejos, luego de recorrerlo en sus orillas y de atravesarlo en su sangre, le buscaron el pecho y encontraron el sitio justo donde latía su corazón que sería luego el corazón de Francia. Aquel sitio era una pequeña isla, una muy pequeña isla que habría de llamarse más tarde la Isla de la Ciudad (L'Ile de la Cité), y en aquella pequeña isla, empezaron a construir una ciudad que se llamó Lutecia, por la generosidad de su tierra, y al río le dieron el nombre de Sequana. Y como aquellos hombres se decían descendientes del pastor griego Pâris y se llamaban a sí mismos los Parisiis, Lutecia se transformó en París; y pasados los años y los siglos, también el río vería su viejo nombre de Sequana convertido en el de "Sena" (La Seine), y es así como han llegado hasta nosotros la Ciudad maravillosa y su río.

PARÍS Y EL SENA

Cuando el río - niño vio la ciudad que le habían levantado sobre su pecho y encima justo de su corazón,



Notre Dame y el Sena.

se puso a jugar con ella y a quererla con todo su entusiasmo y abrió en torno a su cintura sus dos largos brazos de agua, temiendo que quisiera escapársele.

Pero la ciudad también empezó a aburrirse de estar tan quieta, sin otros horizontes más que el de aquellos brazos de agua que la tenían prisionera y se puso a crecer hacia lo alto, estirándose en torres y en agujas de piedra. Así nació "Nuestra Señora de París" en el corazón mismo de la Ciudad.

Pero la ciudad quiso también conocer nuevos paisajes y saltando por encima de los brazos del río, se tendió sobre la verde tierra, formando a ambos lados del Sena lo que habría de llamarse con el tiempo "la rive gauche" (la orilla izquierda) y "la rive droite" (la orilla derecha), y cada una de estas orillas aspiró a independizarse con sus caracteres propios. Así la orilla izquierda fue la tierra del Espíritu y de la gracia del Arte, y en la orilla derecha triunfó la Ciencia, la severa Técnica y el Comercio. Pero los poetas y los artistas, que son los Señores de la Aventura, saltaron sobre aquellos principios y fundaron "Montmartre" en la orilla derecha, al pie del Sagrado Corazón y "Montparnasse" en la izquierda, junto a la Montaña de Santa Genoveva, tendiendo así un alto puente espiritual entre las dos orillas del Río. Y París empezó a sentir que de ambos costados le subían dulces cantos de alabanza y de amor, en la Melodía, en el Verso, en el Color, en la Piedra...

Los Ainú del Japón



Matrimonio ainú con indumentaria típica.

LOS japoneses no son indígenas en sus islas. Cuando invadieron el archipiélago que actualmente ocupan, encontraron, asentado allí, un pueblo de raza blanca cuya cultura estaba en el período de la piedra pulida. Este pueblo era el de los ainú. Este grupo defendió fieramente su suelo pero el número de los invasores era superior, lo venció fácilmente y fueron reduciendo a sus componentes.

En 1920 quedaban alrededor de 20.000 individuos que ocupaban solamente una parte de la isla de Yezo, parte de la isla Sajaline y las Kuriles del sur.

Mientras los invasores eran de raza amarilla, este grupo primitivo que aún pervive en la parte norte de la isla de Yezo y en una pequeña superficie de la isla Sajaline, pertenece a la raza blanca.

Los ainú son de pequeña estatura, miembros gruesos, cabellos rizados y abundantes y extremadamente velludos. El vello es para ellos signo de hermosura, tanto,

que las mujeres se tatúan sobre el labio superior una especie de bigote para ser más atractivas.

Su economía se basa en la recolección de plantas silvestres (conocen más de cien variedades), la pesca en el verano y la caza en el invierno. La poca agricultura que practican la conocen por influencia japonesa. Cultivan solamente el mijo y el arroz.

Para la caza utilizan el arco y flechas envenenadas, con las que capturan osos, ciervos y gamos, ayudados por los perros que son los únicos animales domesticados que poseen. Para la pesca usan redes, anzuelos, arpones y dardos. Tienen primitivas embarcaciones que utilizan para la pesca alejada de la costa.

Antiguamente sus viviendas eran semisubterráneas, pero actualmente las hacen al nivel del suelo. Construyen sus casas de base rectangular o cuadrada y emplean como material juncos, haciendo con paja los techos con una peculiar forma de pirámide. Por motivos religiosos la ventana la abren hacia el oriente y la puerta hacia el occidente. En chozas de barro, sostenidas sobre pilares, guardan las reservas alimenticias de la familia. Preparan sus vestidos con la corteza interior del olmo de montaña. Para esto ablandan con agua la corteza, que luego transforman en hilos largos y delgados que tejen en un rústico telar de mano. Con estas telas confeccionan una especie de túnica que usan indistintamente hombres y mujeres.

En invierno se abrigan con casacas hechas con pieles de animales. Su calzado es, en verano, sandalias de paja, y en invierno mocasines de piel.

Antes trabajaban el hueso para hacer sus anzuelos y otras herramientas. Actualmente los japoneses les proporcionan hierro. Eran hábiles ceramistas y tallistas de madera; hoy casi han perdido estas interesantes cualidades en su contacto con la cultura japonesa que les ofrece los utensilios ya fabricados.

Los ainú son muy religiosos. Cada morada tiene un lugar sagrado, el hogar, en el rincón nordeste de la casa, donde conservan los objetos rituales. Por la ventana, siempre situada al este, nada se puede arrojar ni nadie puede asomarse a ella.

Sus objetos religiosos son bastones trabajados a mano. A veces tienen éstos figuras de hombre o de animal. Los llaman inaos. Los inaos protegen a los enfermos, las embarcaciones y los hogares.

Son animistas, puesto que creen que todo objeto tiene un espíritu. Creen también que la vida continúa después de la muerte.

Los ainú son gente pacífica, hospitalaria y de carácter muy serio pues casi nunca ríen.

Los pocos miles que aún quedan viven confinados en el norte de su isla conservando celosamente su primitiva cultura.

La luna, satélite fiel de la tierra

ES imposible la vida en la tierra sin la presencia del Sol. Sin la luna viviríamos igual, pero su ausencia se haría sentir mucho. No solamente perderíamos su nocturna lámpara plateada que hace resplandecer las aguas y brillar dulcemente los paisajes nevados sino que no tendríamos casi mareas, tan útiles para entrar y salir a los estuarios de los ríos. Pero la luna es una fiel compañera: — cincuenta veces menor que la tierra —, liviana, graciosa y familiar, gira en derredor nuestro cumpliendo una vuelta completa en 27 días y 7 horas, sin adelantarse ni atrasar nunca su aérea carrera.

La luna, por muchos milenios, fue inspiradora de poetas y madre de religiones. Los hombres cantaron su melancólica belleza y los sacerdotes la adoraron como a una diosa menor, esposa a veces y otras hermana del Sol. De tiempo en tiempo, algunas mentes fantaseadoras soñaban con llegar a ella. Pero hoy, de pronto, el sueño se ha convertido en realidad. La luna está a nuestro alcance. No es sólo la compañera que vuela en derredor nuestro como una abeja del espacio sino una meta de futuros viajes interplanetarios tripulados. Es

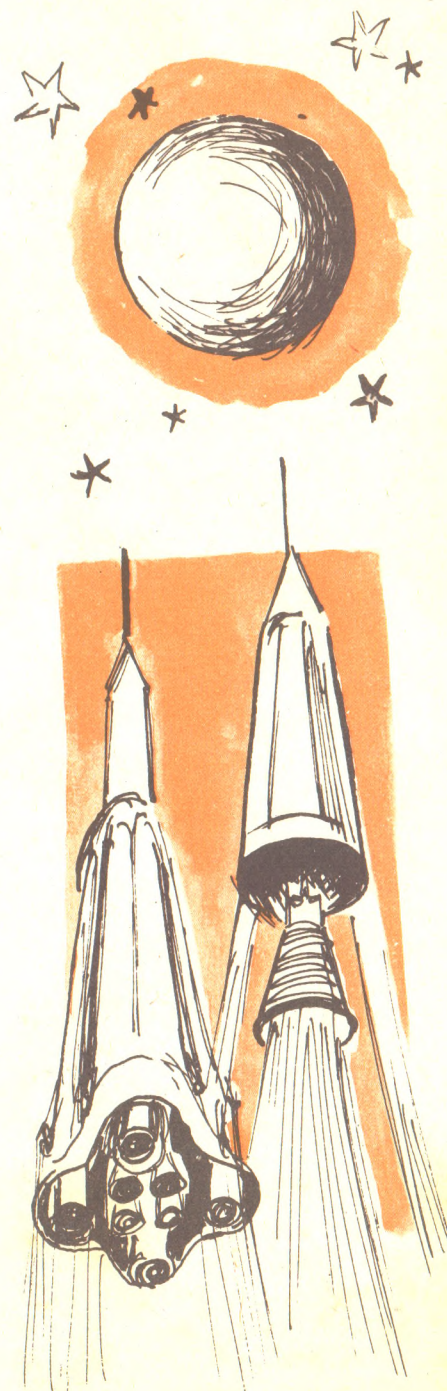
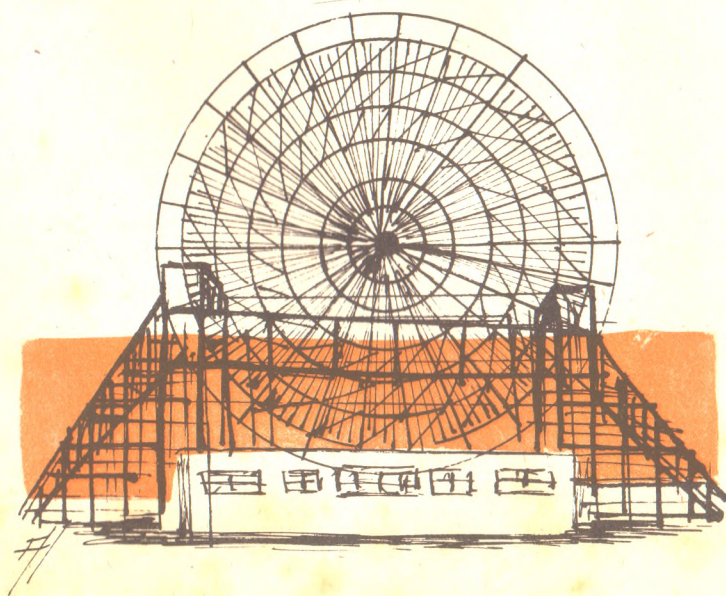
más: ya hemos golpeado, brutalmente, su cara asombrada. Se han estrellado en su superficie dos naves siderales: una de la U. R. S. S. y otra de los E. E. U. U. Un tercer aparato le ha fotografiado su hemisferio invisible. Y muy pronto los ojos de los navegantes interplanetarios contemplarán sus extraños paisajes calcinados, sin agua, sin árboles, sin vida, resplandeciendo bajo un sol terrible. No serán obstáculo para esta hazaña de la inteligencia y la técnica humana los 384.000 km que nos separan de nuestro satélite.

Sabremos entonces sobre ella muchas cosas más. Hasta les hemos descrito sus cuatro fases, dibujado los 30.000 cráteres y "mares" secos de su hemisferio invisible, medido su densidad y su peso, trazado idealmente su órbita. ¡Pero cuánto nos resta saber aún!

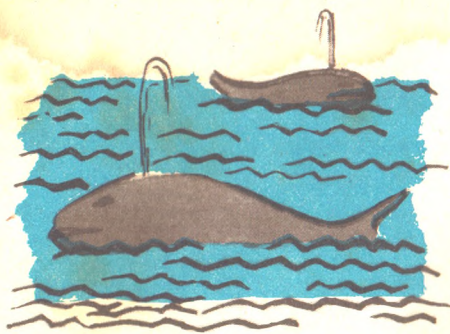
Sobre su origen no se ha podido establecer todavía una explicación científica acertada. Algunos astrónomos suponen que se desprendió de la tierra en el comienzo de las eras geológicas y que la cicatriz de su antiguo hogar ha quedado señalada por el inmenso óvalo del Océano Pacífico. Otros opinan que tierra y luna se formaron a la vez a resultas de un con-

tinuo bombardeo de meteoritos gigantes, los cuales serían los responsables de los cráteres que señalan, como picadura de viruela, la superficie entera de nuestro satélite.

Antes de los diez años, quizá, el hombre habrá pisado la luna. Comenzará entonces una etapa nueva, apasionante, de la selenografía, o sea el conocimiento de las características físicas de nuestro satélite.



ESPEJO DEL MUNDO

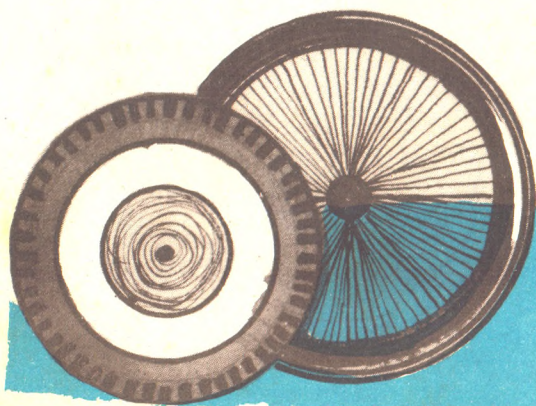


LOS ANIMALES DE MAYOR PESO

LOS animales terrestres más pesados que existieron fueron tal vez los brontosaurios, que vivieron en épocas geológicas pasadas, llegando a tener hasta cuarenta mil kilos de peso total. Pero actualmente son superados por las ballenas azules, seres marinos cuyo peso supera los cien mil kilos. Sería imposible que tales animales pudieran sostenerse y desplazarse con facilidad sobre la superficie terrestre, pero el agua los sostiene perfectamente y les permite realizar movimientos ágiles. Sólo el peso de la lengua de una de tales ballenas, puede superar los tres mil kilos, es decir tanto como el peso de seis novillos gordos.

VULCANIZACIÓN DEL CAUCHO

EL caucho, que se obtiene de la coagulación del látex o líquido lechoso que producen ciertas plantas al ser heridas o cortadas, tiene poca utilidad si no se vulcaniza, ya que se deforma por el calor, haciéndose pegajoso y se pone quebradizo cuando frío. La vulcanización consiste en la unión del caucho con aproximadamente un siete por ciento de azufre, a temperaturas superiores a 100 grados. El caucho vulcanizado se hace más estable al calor, menos quebradizo en frío, y es objeto entonces de innumerables aplicaciones en forma de goma industrial. El negro de humo y algunos óxidos metálicos le dan propiedades aún más apreciables permitiendo la fabricación de cámaras y neumáticos de automóviles.



EMANACIONES VOLCÁNICAS PELIGROSAS

LOS volcanes y solfataras suelen arrojar gases irrespirables o tóxicos a la atmósfera. Después del aquietamiento de las erupciones volcánicas, las zonas donde tales erupciones ocurren pueden ser peligrosas por sus emanaciones gaseosas. Tal es por ejemplo la Gruta del Perro de Italia, donde la abundancia de anhídrido carbónico junto al suelo, llegaba a provocar la muerte de los canes que eran obligados a penetrar en ella. Pero aún más espectacular en ese sentido es un valle de la meseta de Dieng, en Java, rodeado de exuberante vegetación, pero en cuyo fondo se ven esqueletos o huesos de animales, muertos por la acción de gases letales que se acumulan en el fondo de dicho valle.

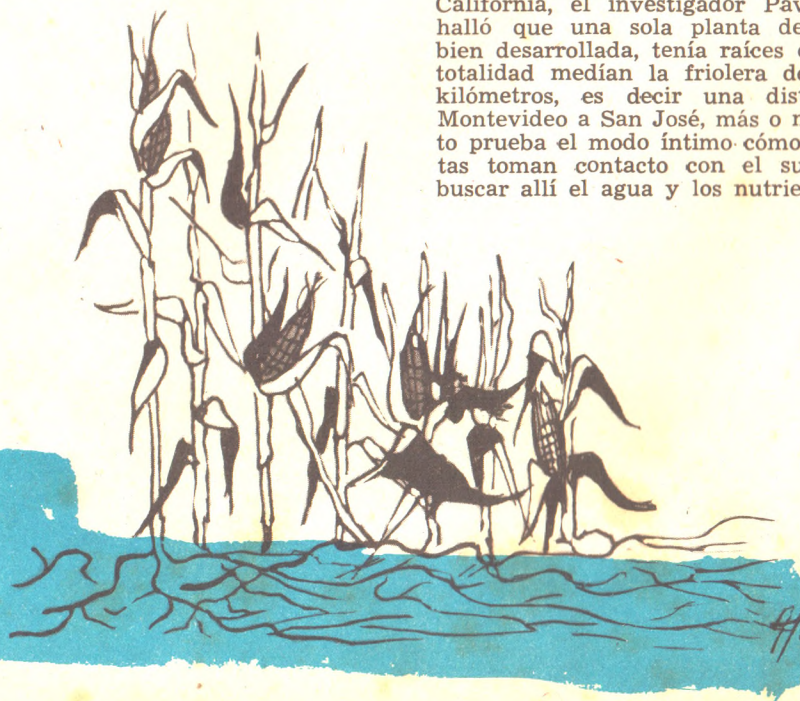


ADAPTACIÓN AL FRÍO

UN ejemplo interesante de adaptación a las condiciones de bajas temperaturas reinantes en las regiones árticas, principalmente durante el invierno, lo vemos en la conformación de los zorros que habitan tales regiones. Sus orejas son cortas y poco salientes, bien protegidas de pelos, exponiendo la menor superficie posible a la atmósfera; las patas son también cortas; el cuerpo redondeado, porque de esa manera, para un volumen dado la superficie expuesta al aire resulta la menor posible. En cambio los zorros del Sudán y de Arabia, tienen las orejas grandes, patas proporcionalmente más largas y el cuerpo más enjuto.

LONGITUD TOTAL DE ALGUNAS RAÍCES

CUANDO arrancamos una planta de maíz o de trigo, generalmente cortamos al tirar de las raíces quedando una buena parte de ellas escondida en el suelo. Pero si nos tomáramos el trabajo de extraer la totalidad de esos órganos vegetales subterráneos, y los midiéramos con paciencia, obtendríamos resultados francamente increíbles si no sorprendentes. En California, el investigador Pavlychenko, halló que una sola planta de centeno, bien desarrollada, tenía raíces que en su totalidad medían la friolera de noventa kilómetros, es decir una distancia de Montevideo a San José, más o menos. Esto prueba el modo íntimo cómo las plantas toman contacto con el suelo, para buscar allí el agua y los nutrientes.





Arte de Melanesia (Nueva Guinea.)

Máscara realizada en cestería, trenzada en finas fibras de rotén (palmera de las Islas), ornamentada con plumas de casoar (ave semejante al avestruz).



EL ARTE Y EL NIÑO

NIÑA, POR ANABEL (6 años y 10 meses)

Del Jardín de Infantes "Enriqueta Compte y Riqué"